

—Os recomiendo al padre Talamantes; ese es mas revoltoso aun, verdaderamente insufrible y enemigo mortal de la Audiencia.

—Ya nos la pagará ese fraile bribon.

—Señores, dijo Bataller, no es tiempo de hablar, sino de obrar, yo he propuesto que se obedezca á la Junta de Sevilla como al soberano solo en materias de *guerra y hacienda*; pero ese marques de Rayas ha dicho que la soberanía es indivisible.

—Esas son barbaridades, dijo Fagoaga, como si estuviese al alcance de la cuestion.

—No puedo mas, que precipitar los acontecimientos; lancemos á Iturrigaray en la senda revolucionaria y lo tendremos cogido en nuestras redes; ya visteis, señores, que el dia en que se supo que los franceses tomaron el puente de Córdoba y apoderándose de España, este infernal virey tenia retratado el gozo en el rostro.

—Este debe ser el primer capítulo de la acusacion de *infidelidad*.

—Cuando hayamos acumulado cuanta odiosidad sea posible sobre Iturrigaray, le damos el golpe de gracia y lo hundimos.

—Convocaremos á la Audiencia á un acuerdo secreto y hablaremos del asunto.

—Estoy seguro que todos los oidores serán de nuestra opinion

—Así lo espero.

—Yo entretanto, formaré en el municipio la oposicion, para exaltar los ánimos de Azcárate y Verdad, que cuentan con una mayoría respetable.

—Pues á trabajar, dijo Bataller, á trabajar y ya sabeis el adagio: *á rey muerto príncipè coronado*.

CAPITULO III.

EL HILO DE LOS SUCEOS.

I.

Al anochecer del 30 de Agosto de ese año de 1808, dos caballeros llegaron al palacio en un carruage de camino.

La esposa de Iturrigaray salió á su encuentro, y estrechando á uno de ellos le dijo:

—Tomás, á qué has venido?

—Tranquilízate, hermana mia, mi presencia no puede nunca causarte inquietudes, sabes lo mucho que amo á tu esposo, y vengo á afirmarle en el gobierno de las Indias.

La vireina disimuló la emocion desagradable que le causaba la presencia de su hermano y del personaje que le acompañaba, llamado don Juan Jabat.

—Caballero, al veros en la corte de Méx'co despues de vuestro destierro----

—No lo extrañeis, señora, ese acontecimiento lo he olvidado ante el gran peligro que corre nuestra amada patria en estos momentos.

—Estoy al alcance de vuestro patriotismo.

—Razones de alta política obligarian sin duda á S. E. el señor Iturrigaray para decretar mi destierro; razones que yo respeto aunque las ignoro.

Don Tomás Jáuregui, hermano de la vireina, trató de variar la conversacion, diciendo:

—Necesitamos hablar con tu esposo, porque traemos negocios de suma importancia.

En aquel momento se presentó el virey, é hizo á sus huéspedes un recibimiento glacial.

—Caballero, dijo al brigadier de marina Jabat, como os permitís presentaros en la corte de México?

—Perdone S. E.; pero la Junta de Sevilla, esa junta que asume el poder de nuestros soberanos, me envia á México para tratar con S. E. segun el tenor de las instrucciones que tengo el honor de presentaros.

—Las veré cuando os reciba en audiencia, respondió Iturrigaray rehusando tomar el pliego que se le presentaba.

Los enviados de la Junta se sintieron terriblemente contrariados con aquel tan manifiesto desaire.

—Y vos, hermano mio, continuó el virey dirigiéndose á su cuñado, de cuando acá os habeis tornado en agente diplomático?

—No es extraño, hermano mio, ya sabeis que toda nuestra familia está avocada á-----

—Comprendo, y siento una positiva satisfaccion al encontrarme con una persona de mi familia en los negocios que os traen á la corte de México.

—Desearia hablaros cuanto antes.

—No quiero molestar vuestra impaciencia, entremos á mi despacho.

Los tres personajes se entraron en la sala donde Iturrigaray celebraba sus acuerdos.

—He aquí, hermano mio, el pliego de instrucciones.

El virey lo abrió, pasó sus miradas por los artículos singulares de aquel pliego, en que se pedia por la Junta de Sevilla, que se le reconociese como el centro del poder y de la soberanía de España, y se le obedeciese en América, poniendo á su disposicion los tesoros de la colonia.

—Yo no puedo resolver sobre esta peticion, que me parece demasiado árdua y delicada; en consecuencia, citaré á los oidores y fiscales para oir su opinion.

—No creimos, hermano mio, que tuviéseis duda sobre la autoridad de la Junta de Sevilla.

—Y qué me decís de la de Oviedo, caro hermano?

—Que eso no tiene forma alguna, ni cuenta con la voluntad del pueblo español ni de los hombres influentes en la política.

—Sin que lo que os voy á decir tenga el carácter de una resolucion, os manifestaré, que en el estado de desquiciamiento en que se halla España, debemos atenernos cada uno á nuestros propios esfuerzos para la salvacion de la patria. Esas juntas que brotan hoy en el suelo español, sirven para alentar el espíritu público y mantener viva la llama de la revolucion; pero no pueden estimarse como depositarias del poder soberano; acaso mas tarde sea necesario establecer una en América que represente la autoridad real, conformándonos todos con declarar, que todo gobierno es provisional y duradero hasta el restablecimiento del trono. En cuanto á S. M., le rendimos acatamiento y le tememos como á nuestro único soberano.

—Pero la revolucion española necesita recursos.

—Puede proporcionárselos en la misma España.

El brigadier hizo una seña de inteligencia al cuñado del virey.

—En fin, la resolucion no ha de ser mia, en consecuencia podeis esperaros á la reunion que voy á convocar para mañana, en que sabreis definitivamente el resultado; entretanto os podeis alojar en el palacio.

Los dos personajes se inclinaron, saludando á Iturrigaray que no insistió en su ofrecimiento.

II.

—Ya lo habeis oido, señor Jáuregui, vuestro cuñado se quiere alzar con el reino y para este caso son las instrucciones.

El hermano de la vireina parecia meditar sobre el gran paso que proponia su compañero de comision.

—Bien sé el sacrificio que aceptais al proceder contra el esposo de vuestra hermana; pero hay algo que está por cima de nuestros sentimientos, el deber, sí, el deber de conservar intactos los derechos de nuestros reyes; porque la América aprovechándose de esta crisis, podria, Dios no lo quiera, proclamar su absoluta independencia.

—Podiera ser, dijo Jáuregui, orientémonos, marchemos á la casa del oidor Bataller, he enviado aviso á Martiñena y ya estarán en espera de nosotros; es necesario ponernos al tanto de la situacion para obrar segun las instrucciones reservadas.

—Soy de vuestra opinion.

Los dos enviados de la Junta de Sevilla se encaminaron á la casa del oidor, que los recibió con grandes muestras de simpatía, lo mismo que Martiñena, intrigante audaz y puesto á las órdenes de Aguirre y otros oidores, para conspirar contra la persona de Iturrigaray.

—Por el mismo buque que os ha conducido, llegó mi correspondencia y estoy al tanto de vuestra mision.

—Me lo anticiparon los miembros de la Junta de Sevilla y aun me ordenaron me pusiera de acuerdo con vos para la realizacion de nuestros planes.

—Bien.

—Deseamos, señor Bataller, que nos digais algo sobre la situacion para saber el terreno que pisamos.

—Me parece muy importante, y sabreis que se nos quiere no solo arrebatar, sino negar el poder de la Audiencia bajo tales ó cuales pretextos; porque la Audiencia queria en cumplimiento de su deber, hacerse la autoridad conservadora.

—No está mal pensado.

—Oidme, las cosas van tomando un carácter alarmante y terrible: el 9 de Agosto se ha celebrado una junta á la que han asistido los tribunales, ayuntamiento y personas notables de la capital; el señor arzobispo tomó parte en ella como representante de la Iglesia católica. El virey invitó al licenciado Verdad para que explayara el pensamiento que habia formulado en el cabildo y presentado al vireinato.

—Todos son atentados, señor Bataller.

—Os falta aún que oir, señor Jáuregui: levantóse el licenciado Verdad y empezó á decir abominaciones, palabras subversivas jamas pronunciadas en España ni en América, y sacadas de los discursos de los convencionales; habló de la *soberania del pueblo* ---- infame! ---- llamar soberano al populacho, buscar en él el principio de la autoridad, convocarle para elecciones ¡horror! ¡horror!

—Esto está envuelto en un caos, señor Bataller.

—El señor inquisidor general don Bernardo del Prado, dijo anatema á tales doctrinas por inauditas é infernales, publicando por un edicto "*scindamos vestimenta nostra* ---- blasfemavit," aquí está, pues, presente su señoría el señor Aguirre, dijo exaltado Bataller, viendo entrar al oidor, que saludó cortesmente á los comisionados.

—Señores, dijo Aguirre, llego á tiempo, mi ilustre compañero está como yo, indignado al presenciar los atentados de ese hombre que se hace llamar virey, y no es mas que un *traidor*.

—Perdonad, caballero, dijo Bataller dirigiéndose á Jáuregui, sentimos expresarnos así de vuestro hermano, pero aun S. E. la señora vireina tiene un gran pecado, una falta imperdonable; cuando ha llegado la noticia de la colocacion en el trono, de

S. M. Fernando VII, ha permitido que en su alta presencia ese demonio de licenciado Azcárate haya pisoteado las *Gacetas*, y vuestra hermana, caballero, vuestra misma hermana, ha exclamado con rabia: *Vaya, que nos han puesto la ceniza en la frente!*

—Pero ved qué malicia hay en esa conducta, señores, yo he presenciado esa escena que aun me horripila; al saberse la toma del Puente de Córdoba por los franceses y la ocupacion casi total de la España, ese señor Iturrigaray tenia en su rostro pintada la alegría y no faltó quien oyese sus palabras, complaciéndose y jactándose de que S. M. no volveria al trono.

—Qué infamia!

—Decid, qué traicion!

—Señores, ese mandarin, asustado por los crímenes que estaba cometiendo y el escándalo que causaban sus procedimientos, trató de hacer una farsa diciendo que iba á separarse del vireinato; pero todo estaba dispuesto de antemano, ese licenciado Verdad, ese demonio en carne y hueso, manifestó los gravísimos males que se causarían con la separacion del virey; el regidor Mendez Prieto, suplicó á nombre de la ciudad, que nos hiciera S. E. el alto honor de continuar al frente del Estado. S. E. se hizo el melindroso; pero al fin se resignó á llevar en sus hombros la pesada carga del reino.

—Señores, dijo Jáuregui, he ahí la oportunidad para haberos hecho del poder.

—Ya he tenido el honor de deciros que todo era valor entendido, juego de bastidores.

—Iturrigaray es un hombre peligroso, aprovecha todas las oportunidades; sin ir muy lejos, hubo hace tres días un motin en la plaza de Veracruz, habiendo arribado en la barca *Bayllant*, el frances *Charpantier* procedente de Bayona, trayendo una gran correspondencia; el pueblo se arrojó sobre los papeles, y encontró con asombro, que el llamado rey José confirmaba el empleo de virey en la persona de Iturrigaray, y además lo condecoraba con el cordon de la Legion de Honor.

—Eso manifestaba connivencia con el enemigo.

—Se trató de hacer este cargo; pero en la correspondencia venian cartas para S. S. I. el señor arzobispo. El virey, que se cubre perfectamente, mandó hacer fuego á la barca que tenia bandera tricolor, hasta que enarboló otra blanca.

—Puede esa conducta servir de punto de apoyo.

—Os he dicho que el hombre es vivo y tiene mucho talento; para desvanecer toda preocupacion, armó una frasca espantosa, mandó colocar el retrato del rey en el balcon, arrojó monedas, dilapidando así un dinero que debe servir para la guerra, y juró como rey á Fernando VII.

—Ese hombre tiene todas las avenidas.

—No todas caballero, su delito de infidencia está probado, no entra en acuerdo con los franceses, por la sencilla razon de que él ambiciona para sí el gobierno de las Indias.

—Y dispondrá de sus tesoros.

—Y se hará poderoso.

—Y nos mandará á la horca.

—No por mi vida! gritó el brigadier de marina, tenemos orden de la Junta de Sevilla de apoderarnos de la persona del virey, y lo haremos, vive Dios!

—Nosotros os ayudaremos, caballeros, mañana debe celebrarse la última junta.

—No importa el pretexto ni la resolucion, obraremos segun lo convenido.

—Os opondreis, señor oidor Bataller, á la celebracion de esa junta, le negareis su autoridad y orillareis un rompimiento.

—Convenido.

—La Audiencia tomará las riendas del poder.

—Sí; pero en cambio reconocerá á la Junta de Sevilla sin las restricciones que se han pretendido.

—Lo juramos.

—Sea, dijo el hermano de la vireina, mañana nos reuniremos para acordar el gran golpe.